

A TRAVÉS DE LOS HOMBRES, HACIA MÍ MISMA

UN VIAJE DE
LAS RELACIONES
AL AMOR PROPIO,
LOS LÍMITES Y
LA LIBERTAD

A woman with dark, wavy hair, wearing a strapless white lace dress and a gold watch, holds a large bouquet of red and pink roses. She is looking off to the side with a slight smile. The background is a dimly lit restaurant with warm lighting and a Christmas tree.

ULIANA SUNNY

PSICOLOGÍA Y CRECIMIENTO PERSONAL

Uliana Sunny

A través de los hombres, à mi misma

<https://litres.ru/74537427>

SelfPub; 2026

Аннотация

Quiero escribir la verdad sobre mí misma, esa misma verdad que he llevado dentro durante tanto tiempo, con el temor de que resultara excesiva

En las páginas de este libro se asentarán mis vivencias, mis recuerdos y mis sentimientos. Escribiré sobre las decisiones de las que me siento orgullosa, del mismo modo en que una se enorgullece de un hijo que costó concebir. Y sobre las cosas que he hecho y de las que todavía me avergüenzo, aquellas que dejaron cicatrices en mi memoria y aún me provocan pesadillas

Verás a una niña de pueblo que, cada noche, pedía un deseo a una estrella y le rogaba un destino diferente. Verás a una mujer que se rompió en mil pedazos y, sin embargo, volvió a recomponerse pedazo a pedazo, haciéndose más fuerte cada vez. Verás el camino de una persona que anduvo a tientas por habitaciones a oscuras hasta que aprendió a escuchar su propia voz

Escribo esto para mí y para esa mujer que tal vez hoy se encuentre al borde de su propio abismo, buscando la mano de alguien

Содержание

La verdad	5
Una niña de pueblo	7
El patito feo	10
La universidad	11
Primer amor	13
Cinco golpes	15
Salvación	18
Dos títulos y un billete a la capital	20
La capital que nunca vi	21
Tía	23
El primer y último regreso	25
El primer "negocio"	27
Red social	29
Segunda conquista de la capital	30
El multimillonario	32
Huida del apartamento de mi amigo	35
Cinco chicas, un apartamento	38
Dos años	40
Aprendí a ganar	42
Конец ознакомительного фрагмента.	44

Uliana Sunny

A través de los hombres, à mi misma

A través de los hombres, à mi misma

Contents

Libros

Nos casamos

Volví a ser una mujer completa

Cuál fue en realidad mi fuerza

Nunca es demasiado tarde mientras sigas viva

La verdad

Quiero escribir la verdad sobre mí misma, esa misma verdad que he llevado dentro durante tanto tiempo, con el temor de que resultara excesiva...

En las páginas de este libro se asentarán mis vivencias, mis recuerdos y mis sentimientos. Escribiré sobre las decisiones de las que me siento orgullosa, del mismo modo en que una se enorgullece de un hijo que costó concebir. Y sobre las cosas que he hecho y de las que todavía me avergüenzo, aquellas que dejaron cicatrices en mi memoria y aún me provocan pesadillas.

Verás a una niña de pueblo que, cada noche, pedía un deseo a una estrella y le rogaba un destino diferente. Verás a una mujer que se rompió en mil pedazos y, sin embargo, volvió a recomponerse pedazo a pedazo, haciéndose más fuerte cada vez. Verás el camino de una persona que anduvo a tientas por habitaciones a oscuras hasta que aprendió a escuchar su propia voz.

Sé que la memoria es mentirosa. Rellena detalles, confunde el orden de los acontecimientos y pinta el pasado con los matices que más nos convienen. Pero dejaré ese juego a un lado. Conservaré lo que de verdad importa: el sabor salado de las emociones que he atravesado y los callos que dejaron en mi corazón las lecciones que marcaron mi vida.

Escribo esto para mí y para esa mujer que tal vez hoy se

encuentre al borde de su propio abismo, buscando la mano de alguien. Quizás se reconozca en mi confesión. Quizás encuentre en la oscuridad justo la respuesta que tanto andaba buscando.

Y si, entre estas líneas, te topas de repente con tu propio reflejo, seré feliz. Si encuentras una respuesta, habré cumplido mi propósito. Y si no es así, deja que este libro sea para ti, sencillamente, la experiencia de otra persona. El testimonio de que ni siquiera el camino más tortuoso es infinito. De que todo empieza con una elección. Con ese preciso instante en el que decides no sufrir, sino actuar. Con la decisión de no esperar a que el dolor pase, sino de elegirte a ti misma. De elegir vivir y seguir avanzando, incluso cuando el camino no se vislumbra por ninguna parte.

Esta es mi verdadera historia. El orgullo por lo que he hecho y el dolor por lo que he soportado. Párrafo a párrafo.

Empiezo...

Una niña de pueblo

Imagina una capital del mundo. Londres. Tokio. Nueva York. París. Pekín. Nueva Delhi. Ciudades donde la gente corre al trabajo vestida con trajes caros, donde los rascacielos reflejan el sol, donde los restaurantes están llenos de personas que hablan de negocios, viajes, inversiones y planes de futuro. Ahora imagina un lugar a unos mil quinientos kilómetros al sur de una capital así. Un pueblo. Allí nací yo. Un lugar donde un niño prácticamente no tiene oportunidades. Nací en el seno de una familia formada por un simple chófer y una contable. Nuestra casa era pequeña, vieja, de barro y caña. El retrete estaba afuera. Traíamos el agua en cubos desde una bomba. Mamá y papá prácticamente vivían en el trabajo. No trabajaban para viajar, tener una vida hermosa o hacer grandes compras. Trabajaban para alimentarnos a mi hermano y a mí. Para que tuviéramos comida. Para que pudiéramos ir a la escuela. Para que algún día nuestra familia tuviera una casa normal de ladrillo. Mientras mis padres estaban en el trabajo, yo me convertí en el ama de la casa. Era una niña, pero dejé de sentirme solo una niña muy pronto. Una niña a la que le correspondía jugar, pasear y esperar a sus padres. Yo limpiaba, ayudaba en la casa y cuidaba del hogar. Me resultaba tan natural que ni siquiera me preguntaba por qué tenía que ser así. Probablemente porque en nuestra vida no existía otra opción. Eran los años noventa. Crisis, pobreza, falta de un

trabajo digno, incertidumbre. Fue una época difícil para muchas familias. Para la nuestra también. Mis padres intentaron escapar de aquella vida durante años. Pero el dinero nunca alcanzaba. A lo largo de toda nuestra infancia, casi lo único que lograron ahorrar fue para la construcción de una casa de ladrillo. Ladrillo a ladrillo. Año tras año. Y todo lo que lograban ganar iba a parar allí. De modo que casi nunca había dinero para nosotros, los niños. Nada de ropa cara. Nada de ordenador. Nada de teléfonos. Nada de dulces. Ninguna posibilidad de comprar todo lo que queríamos. A veces nos faltaban las cosas más corrientes que otros niños daban por sentadas. Pero por aquel entonces yo no lo entendía. Simplemente vivía. Y comprendí una cosa muy pronto: si no tienes dinero, lo único que nadie te puede quitar es el conocimiento. Así que estudié en la escuela con una constancia increíble. Estaba segura de ello: la educación era mi único billete hacia una vida diferente. No faltaba a una sola clase. Me esforzaba mucho. Pero al mismo tiempo, en la escuela no me consideraba inteligente. Al contrario. Mis amigas sacaban todo sobresalientes. Yo era la «más tonta» entre ellas, al menos eso me parecía a mí. Tenía dos notables. Solo dos. Pero al lado de chicas que prácticamente solo tenían sobresalientes, sentía que me quedaba muy atrás. Solo mucho después me di cuenta de que aquel entorno fue un inmenso regalo para mí. Las miraba y pensaba: «Si ellas pueden, yo también debería poder». Intentaba mantener el ritmo. Fue entonces cuando comprendí por primera vez hasta qué punto nos moldean las personas que nos rodean. A

veces no necesitas a alguien que te repita sin cesar: «Tú puedes». A veces basta con ver a alguien que ya lo ha conseguido. Y te da vergüenza rendirte.

El patito feo

En la escuela me consideraba fea. Un día se lo dije a mi madre. Me miró y me contestó: «Por ahora eres un patito feo. Pero pronto te convertirás en un hermoso cisne». Por aquel entonces no le creí. En absoluto. Era muy delgada, con una melena negra y larga y unas cejas gruesas y pobladas. No tenía ningún rasgo facial llamativo o memorable. Un rostro común y corriente, aspecto asiático, piel morena. Pero yo quería ser diferente. Quería tener rasgos eslavos. Me parecía que esa era la auténtica belleza. Ahora pienso en aquella niña y sonrío. Qué crueles somos a veces con nosotras mismas. Cuántos años podemos pasarnos mirándonos a través de los estándares ajenos sin percatarnos de nuestra propia belleza. En aquel tiempo no sabía que la gente hermosa no responde a un único patrón. La belleza adopta formas distintas. Y, tal vez, no haya personas feas. Hay personas que todavía no han aprendido a verse. Yo era una de ellas.

La universidad

A los diecisiete años obtuve mi título escolar. Dos notables, el resto sobresalientes. Y me marché a estudiar al centro regional. Ingresé en una universidad pública para convertirme en profesora de Matemáticas e Informática. Tenía diecisiete años. Salí del pueblo rumbo a la ciudad prácticamente sola. Mis padres rara vez podían darme dinero. Me ayudaba mi abuela. Cuando cobraba su pensión, apartaba una pequeña suma para mis gastos. Y eso era todo. Prácticamente no había ninguna otra ayuda. Mi hermano también estudiaba en la universidad, en la misma que yo. A él a veces lo ayudaba mi abuelo. Vivía con él porque su piso estaba cerca de la universidad. Yo, en cambio, tenía que valerme casi siempre por mí misma. Y entonces comprendí otra cosa: si no hay dinero, hay que ganárselo de otra manera. Así que me esforcé por estudiar lo bastante bien como para recibir dos becas. Tuve que ganarme literalmente la oportunidad de continuar con mis estudios. Aun así no bastaba. Pero seguí adelante. Estudiar. Trabajos a tiempo parcial. Ahorrar. Y estudiar de nuevo. En verano trabajaba en una fábrica, en una tienda de comestibles. El sueldo era poco. Pero era mío. Al mismo tiempo, ayudaba a mis padres con su primer pequeño negocio. En un momento dado, mamá y papá dejaron sus empleos y decidieron probar a trabajar por su cuenta. Mi padre compró un coche barato de color rojo. Varias lecheras. Una desnatadora para procesar la leche y la

nata y hacer requesón. Nuestra familia tenía un poco de ganado propio, era prácticamente imposible sobrevivir en el pueblo sin él. Pero no bastaba. De modo que mis padres compraban leche a los vecinos, a la granja, a la gente común. Y empezaron a vender productos lácteos por los patios del centro de la ciudad. Ahora suena casi romántico. Pero por aquel entonces no tenía nada de romántico. Era una lucha constante. Eran cuatro perras. Y esas cuatro perras daban para comer. A veces, para ropa. Y ahorran para la construcción de la casa. Eso era todo. No había más ahorros. Ni grandes planes. Solo un día más.

Primer amor

Terminó el primer año de universidad. Pasé a segundo. Tenía dieciocho años. Y un día, una amiga y yo fuimos a un conocido bar de la zona llamado «Prado». En aquel entonces no pensaba para nada en chicos. Ni un poco. Tenía otros planes. Estudiar. Y volver a estudiar. Me encantaba la música y bailar (en el colegio iba a clases de coro y de baile). La música terminó, empezó la siguiente canción, me aparté del grupo de chicas y me dirigí hacia la salida, solo para tomar un poco de aire. Y allí lo conocí. Mi primer novio. El hombre con quien pasaría los siguientes cinco años. No sabía entonces que estaba conociendo a mi primer amor. ¿Y sabes lo que es el primer amor? Es cuando una persona pasa a formar parte de tu vida tan rápido que dejas de entender dónde termina él y dónde empiezas tú. Era guapo, educado, interesante. Trabajaba como capitán de altura y a menudo salía a la mar. Para mí, en aquel momento, aquello sonaba casi como una vida de película. Solo me llevaba dos años. Yo tenía dieciocho. Él, veinte. Había tenido muchas novias antes de mí. Yo nunca había tenido novio. Él fue mi primero en todo. Y sabía cómo encandilar. Muy bien. Me cuidaba. Me ayudaba económicamente. Me apoyaba en lo moral. Estaba ahí para mí. Y yo lo amaba como, tal vez, solo puede amar alguien que le ha abierto de verdad su corazón a otra persona por primera vez. Le fui fiel. Incluso cuando se iba al mar. Incluso cuando estábamos

lejos el uno del otro. Lo esperaba. Por aquel entonces, me parecía que aquello era el amor. Que, sin duda, él se convertiría en mi marido. Que era mi destino. Aún no sabía que el destino a veces primero nos da a una persona a la que amamos con todo el corazón, y luego nos la arrebató para hacernos encontrar con nosotras mismas.

Cinco golpes

Pasó el tiempo. Terminé la universidad. Obtuve mi título como profesora de matemáticas e informática. Entré en el posgrado. Ya llevaba un año estudiando. Y entonces ocurrió algo en mi vida que todavía recuerdo como uno de los periodos más terribles. No fue una sola tragedia. Fueron varias a la vez. Una tras otra.

Primero. Mi madre cayó enferma. Un tumor cerebral. La enfermedad avanzó con rapidez. Perdió la memoria. Perdió la salud. Poco a poco quedó prácticamente incapacitada. Miraba a mi madre y no entendía cómo podía siquiera estar pasando algo así. Apenas ayer era una persona que trabajaba, cuidaba de todos, mantenía unida a la familia. Y ahora su salud se apagaba ante nuestros ojos. Mucho trabajo. Estrés. Pobreza. Años de tensión constante. Parecía que todo le había pasado factura al fin.

Segundo. Mi abuela murió. La misma abuela que me ayudaba. Murió en mis brazos y en los brazos de mi tío. Todavía recuerdo aquel momento. Recuerdo la espuma que le salía de la boca. Recuerdo el miedo. Recuerdo la sensación de absoluta impotencia. La quería muchísimo. Y en ese instante, perdí a una persona que había sido uno de mis pilares durante muchos años.

Tercero. Mi hermano estaba lejos. Después de la universidad, sirvió en el ejército. Muchos chicos pasaron por eso. Y él también tenía que cumplir con su deber. Pero para mí significaba una sola

cosa: no estaba a mi lado.

Cuarto. Papá se marchó a otra ciudad a trabajar. Vender leche ya no daba los mismos ingresos. Cada vez aparecían más tiendas que vendían leche más barata, aunque no fuera de la mayor calidad. El pequeño negocio familiar empezó a apagarse. Y mi padre volvió a marcharse para buscar trabajo.

Quinto. Y fue entonces cuando ocurrió lo más doloroso. Mi primer amor me traicionó. Me fue infiel. Vi un mensaje de otra chica. Recuerdo ese momento. Y lo más terrible es que él sabía por lo que yo estaba pasando. Sabía lo de la enfermedad de mamá. Sabía lo de la muerte de la abuela. Sabía que papá estaba lejos. Sabía que mi hermano estaba en el ejército. Lo sabía todo. Y yo, en mi tercer año, lo había esperado una vez durante un año entero mientras él estaba en el ejército. Le fui fiel. Y ahora, justo en este momento, me traicionó. Me pidió perdón, se disculpó durante mucho tiempo, se puso de rodillas, pero no pude perdonarlo. «Murió» a mis ojos. Y después se marchó a otra travesía.

Y me quedé sola con mis golpes. Me quedé sobre las ruinas de mi vida. Y me moría por dentro. Decir que viví un estrés extremo es quedarse corta. Antes de esto, creía que ya había visto mucho en la vida. Las enfermedades de mis familiares. Las riñas y peleas de mis padres. Su casi divorcio. La traición de «amigos». Mi propia pelea con cinco chicas en el colegio, tras la cual terminé prácticamente con sangre por todo el cuerpo. La ausencia de todo lo que un niño normal desearía. Ahora a todo

esto se le podría llamar pequeñeces. Pero para un niño estas no son pequeñeces. Sin embargo, todo aquello, comparado con lo que ocurrió entonces, de verdad parecía una pequeñez. Porque cinco golpes llegaron casi a la vez. Y casi acaban conmigo. Pero solo casi. Porque no me quedaba otra opción que reunir todas mis fuerzas y actuar.

Salvación

Primero, mamá. Decidí que la salvaría. No sabía cómo. No sabía de dónde sacaría el dinero. No sabía quién me ayudaría. Pero tenía que hacer algo. Con enorme dificultad, conseguí arrancar un cupo para una operación en un instituto de investigación de la capital con el mejor neurocirujano. Fui al departamento de salud. Allí me mostraron un despacho entero lleno de pilas de hojas, donde todo el mundo esperaba su turno para la cirugía. Lo entendía todo, pero no tenía más opción que rogar. Llorar. Pedir ayuda. Reuní documentos. Y volví a pedir. Nos aprobaron el cupo para la cirugía. El dinero para los otros gastos de mamá se recaudó no sin la ayuda de la gente. Familiares. Vecinos. Conocidos. Todos ayudaron como pudieron. Y por fin se llevó a cabo la operación. Operaron a mamá. Poco a poco, a lo largo de seis meses, volvió al estado de una persona sana. No de inmediato. No fácilmente. Pero volvió. Por supuesto, hubo secuelas de la operación; se dañó una arteria de su cerebro y perdió la visión en un campo visual. Pero está viva, salió adelante. Y era algo con lo que podía vivir. Y entonces, por primera vez, sentí con total claridad: a veces una persona no tiene que ser fuerte sola. A veces la fuerza consiste en admitir que necesitas ayuda. Y en permitir que la gente te ayude.

Abuela. Enterramos a la abuela. Con familiares. Todo el pueblo. La quería muchísimo. Que la tierra le sea leve.

Padre y hermano. Luego mi padre regresó. Mi hermano terminó su servicio y también regresó. Regresaron por turnos. Y con cada regreso, sentía un poco más de alivio.

Por fin volvía a haber gente en casa. Mamá estaba viva. Padre regresó. Hermano regresó. Pero eso no resolvía el quinto problema. Mi amor estaba destruido. Y entonces tomé la primera decisión verdaderamente importante para mí. Decidí mudarme a la capital. Con mi tía, la hermana de mi madre. Rara vez nos visitaba. Pero según lo que entendíamos, era casi una persona de otro mundo. Era de la capital. Y la capital, para nosotros, era algo enorme, lejano y casi inalcanzable.

Dos títulos y un billete a la capital

Para entonces, estaba terminando mi maestría. Redactando mi tesis de maestría. Rindiendo los exámenes de Estado. En esa época, compaginaba dos trabajos con los estudios de maestría. En la universidad, como especialista principal en el departamento científico y profesora de análisis matemático para los estudiantes de primer año. Y los viernes, iba a un internado para niños con discapacidades a enseñarles matemáticas. Concluí con éxito mi maestría; gracias a mi esfuerzo, logré aprobar los exámenes de Estado con las calificaciones más altas y defender con éxito mi tesis. Acto seguido, renuncié a todos mis trabajos y compré de inmediato un billete de avión a la capital. Aquella noche hubo muchas lágrimas en mi casa. Les anuncié a mis padres que me marchaba. Mamá ya estaba en casa para entonces y se sentía bien. Mi hermano había conseguido un buen trabajo y acababa de casarse. Su esposa, embarazada, se mudó con nosotros. Yo, por mi parte, les pedí prestado un poco de dinero a mis padres, que vendieron un par de vacas para darme algo de fondos, y luego preparé mi maleta. Tomé mis dos títulos y volé a conquistar la capital. Sola. Eso era, en esencia, todo lo que tenía. Dos títulos. Una maleta pequeña. Y un deseo enorme de cambiar mi vida. Creí que lo peor ya había quedado atrás. Qué equivocada estaba... Lo peor apenas comenzaba...

La capital que nunca vi

Llegué a la capital con dos títulos, mi pequeña maleta y la certeza de que ahora mi vida definitivamente cambiaría. De inmediato quise trabajar en una universidad. Me parecía lógico continuar con una carrera académica: matemáticas, informática, educación y ciencia. Había estudiado durante tantos años precisamente para eso. Pero la capital se encargó de explicarme muy pronto una cosa muy sencilla: aquí a nadie le importaba cuánto hubieras soñado. Tenías que empezar desde el lugar que te dieran. Y me dieron una escuela. Una escuela local en la periferia de la ciudad, donde vivía mi tía. Recuerdo mi primera impresión. Yo venía de un pueblo pequeño donde todos se conocían, donde los niños podían saludar a su maestra por la calle y los adultos sabían de qué familia procedía cada criatura. Aquí era diferente. Los niños de la capital eran agresivos y arrogantes. Algunos de ellos, en quinto grado, se sabían las palabrotas mejor que la tabla de multiplicar. Llegué allí como profesora de matemáticas y de informática. Sin embargo, muy pronto me di cuenta de que no me dejarían ser solo profesora. Tenía que serlo todo a la vez. Una profesora. Una psicóloga. Una trabajadora social. Tutora de varias clases. A veces, una madre. A veces, una persona que simplemente debía escuchar a un niño. Llegaba a la escuela una hora antes de que empezaran las clases. Y a veces salía a las diez de la noche. Tenía dos trabajos a tiempo completo.

Con mi sueldo les compraba dulces a los niños, intentando establecer algún tipo de contacto. A veces aceptaban los dulces y aun así se mostraban desagradecidos. Había niños de familias desfavorecidas. Sí, ese tipo de familias también existen en la capital. Me enojaba. Lloraba. Me agotaba. Volvía a casa. Y por la mañana, iba de nuevo allí. Era como una pesadilla de la que resultaba imposible despertar. Y lo más terrible: apenas vi la ciudad. Vine a conquistar la capital, pero solo conocía la ruta: casa, escuela, escuela, casa. Ni paseos, ni teatros ni museos, ni restaurantes, ni calles hermosas, nada de vida urbana en absoluto. Estaba tan ocupada sobreviviendo que ni siquiera tuve tiempo de asimilar con exactitud dónde estaba viviendo. Pero la escuela era solo la mitad del problema. La otra mitad me aguardaba en casa.

Tía

Mi tía, la hermana de mi madre, resultó ser una persona sumamente difícil. Caprichosa. Exigente. Controladora. Tenía sus propias reglas, sus propias convicciones y una cantidad enorme de quejas hacia mí. Esto no se hacía así. Aquello no estaba bien. No puedes ir allá. No te relaciones con esta gente. No salgas a ningún lado. Solo el apartamento y la escuela. Todo el dinero que ganaba se iba en comida, en el apartamento y en los gastos de ella. A veces conseguía comprarme algo de ropa. Y eso era todo. Al mismo tiempo, la comprendía. Ella misma era de pueblo. También ella se había escapado en su día a la capital. Se casó. Luego su marido falleció joven. Había tenido una discapacidad durante toda su vida y no trabajaba; vivía de una pensión de invalidez. Quizá su vida tampoco había sido nada fácil. Cuando llegué, su vida se volvió un poco más sencilla. Pero, a la par de eso, comenzó a controlarme todavía con más fuerza. A los ocho meses, me dijo: "Elige. O vives así y te lego mi apartamento, o te regresas al pueblo y te quedas sin nada. Y no se te ocurra volver". Me manipulaba. Y yo lloraba. Quería estar con mamá. No deseaba vivir bajo un control tan total, ver descontento y miradas extrañas todos los días. No quería vivir solo para ella y quedarme esperando el maná del cielo. Ya me encontraba en un estado emocional difícil; era mentalmente inestable. Y su presión constante me

consumía aún más por dentro. Deseaba volver a casa. Viví con ella durante nueve meses. Trabajé en la escuela un año lectivo. Y regresé. No vi verdaderamente la capital. Al menos, no la ciudad que había imaginado. Y entonces decidí que, tal vez, la capital simplemente no era para mí. Creía que allí vivía una clase especial de personas. Fuertes. Duras. Seguras de sí mismas. Y yo, tal vez, era demasiado débil. Pensaba: "No seré parte de este mundo". Me equivocaba. Pero en aquel entonces aún no lo sabía.

El primer y último regreso

Cuando tomé el vuelo de regreso a casa, besé literalmente la tierra de mi pueblo. Qué bien me sentía. Por fin volvía a estar de verdad en casa. Pagué la deuda de mis padres, ayudé a mi hermano con dinero (un regalo de bodas de mi parte) y hasta me quedó un poco para mí. Así que decidí: ya está. Viviré cerca de mis padres. Conseguí de inmediato un empleo como profesora en el liceo del distrito. El trabajo era mucho más tranquilo. El sueldo, regular. Y pensé: "¿Acaso necesito esta capital?". Estaba cerca de mis padres. Mamá estaba viva y bien. Papá estaba en casa. Mi hermano había vuelto del ejército, se había casado y su esposa ya había dado a luz a un niño. Yo tenía trabajo. ¿Qué más necesitaba? Sin embargo, en mi interior fue asomando poco a poco un sentimiento que al principio intenté ignorar. Comencé a perder el interés por esta clase de vida. No como ser humano, sino como la persona que yo era, que quería más. Tenía estudios. Tenía experiencia. Sabía que podía hacer más. Pero cada día sucedía exactamente lo mismo. Escuela. Casa. Pueblo. Y otra vez la escuela. Al cabo de un tiempo, empecé a hacerme preguntas: "¿Esto es todo?". "¿De verdad quiero pasarme toda la vida aquí?". "¿Voy a trabajar en una escuela de pueblo, ganar un sueldo modesto, vivir con mis padres, mi hermano, su esposa y sus hijos?". "¿Voy a pasarme toda la vida al servicio de la familia y olvidarme de mí misma?". Solo cabía una respuesta: no. Pero

qué hacer después, no lo sabía. Ya había pasado por la traición en el amor. Dejarlo marchar había sido sumamente difícil. Sufría de un modo literalmente físico. Continuaba destrozándome por dentro a base de soledad y recuerdos. Pero, con el tiempo, el dolor empezó a apaciguarse. Pasó otro año. Gané experiencia como profesora en el liceo. Armé un buen expediente. Y por fin lo comprendí: tenía que seguir adelante.

El primer "negocio"

Y entonces decidí abrir un negocio. El primero de mi vida. Pedí un préstamo considerable. Me compré un coche. Compré un puesto en el mercado. Me parecía que lo había pensado todo al detalle. Mi madre y yo fuimos a comprar ropa. Ella me ayudó. Contraté a una dependienta. Y los fines de semana y días festivos, me ponía yo misma detrás del mostrador. Miraba mi puesto y pensaba: «Ya está. Ahora soy empresaria». Pero el negocio no despegó. En absoluto. La ropa no era la adecuada. La ubicación no era la adecuada. El público no era el adecuado. La gente entraba. Admiraba. Miraba. Preguntaba el precio. Y se marchaba. Les resultaba demasiado caro. La gente estaba acostumbrada a comprar cosas al precio más bajo posible. Y yo traje mercancía que costaba dos o tres veces más de lo que solían pagar. Lo entendí todo en unos tres meses. Tuve que cerrar el puesto. Lo vendí por la mitad de su precio. Y me quedé con el préstamo. Finales de verano. Me senté y pensé: «Bueno, se acabó. Ahora sí que no va a salir nada bien». Me llamé estúpida a mí misma. Sin talento. Fracasada. Pensé que lo había arruinado todo otra vez. Menos mal que seguía trabajando como profesora en paralelo. De lo contrario, sencillamente no habría tenido de qué vivir. Pero fue este fracaso el que, de manera inesperada, hizo algo muy importante por mí. Me obligó a detenerme por primera vez y a analizar mi propia vida. Me pregunté: «¿Qué

quiero?». No mis padres. No mis familiares. No la sociedad. No un hombre. No la escuela. Yo. ¿Qué quiero *yo*? ¿Cómo quiero vivir? ¿Es este el final? ¿O puedo empezar de nuevo? Me miré y me di cuenta: «No quiero vivir así». Pero ¿qué hacer a continuación? No lo sabía. Pero decidí: al menos *algo*.

Red social

Me registré en una red social muy conocida. Para mí fue casi un acontecimiento. Mi primer novio me prohibía usar las redes sociales. Mientras mis amigos pasaban horas en línea, yo ni siquiera podía comunicarme como es debido con la gente por allí. Pero ahora era libre. Y un día encendí el ordenador, no para trabajar, y abrí la red social. Solo para mirar. ¿Qué pasaba allí, al fin y al cabo? ¿Quién vivía qué clase de vida? ¿Qué había de interesante? Y fue allí donde retomé la comunicación con uno de mis amigos. Era de mi pueblo, pero vivía en la capital. Trabajaba como gerente en una empresa petrolera. Me escribió primero. Yo le respondí. Nos conocíamos desde hacía mucho tiempo, pero antes nuestras vidas habían ido en paralelo. Ahora se cruzaban de forma inesperada. Me preguntó cómo estaba. Se lo conté. Sobre el fracaso del negocio. Sobre el trabajo. Sobre la vida. Y al cabo de un tiempo, acordamos que yo volaría a verlo. Me ofreció vivir con él y probar suerte por segunda vez. Por supuesto, acepté. En aquel momento todavía no entendía hasta qué punto esa decisión cambiaría mi vida. Pero quería intentar regresar a la capital otra vez, mudándome allí de forma permanente.

Segunda conquista de la capital

Vendí mi coche rápidamente. Pagué una parte del préstamo. Me registré en un sitio web de búsqueda de empleo. Y, literalmente en un solo día, encontré trabajo como profesora de matemáticas en una buena escuela de la capital. Ya no era la periferia. Y aunque no era el centro de la ciudad, con el que ni soñaba, para mí supuso un enorme paso adelante. El sueldo prometido era unas tres veces más alto que el anterior. No esperaba un milagro. Simplemente decidí intentarlo de nuevo. Me subí a un avión. Volé hasta allí. Él me recogió. Empezamos a vivir juntos. Como amigos. Los fines de semana podíamos salir a algún sitio. Entre semana trabajábamos. Pero decir que me resultaba fácil sería mentir. Moral y psicológicamente se me hacía muy difícil. Porque él tenía la esperanza de que hubiera una relación. Y yo no. Era una buena persona. Buen trabajo. Buen sueldo. Apartamento. Buena educación. Atento. Pero en mi interior había un vacío. Ya sabía que el amor no se puede inventar. No quería usarlo. Pero tampoco quería fingir, y menos con alguien que se había criado en el mismo patio que yo. Lo entendía: él necesitaba a otra mujer. Y en ese momento, yo no necesitaba a nadie. Necesitaba sobrevivir. Necesitaba aferrarme a la capital. Con las manos. Con los pies. Con los dientes. Con lo que hiciera falta. No quería repetir mi vida anterior. No quería volver al pueblo. No quería depender otra vez de las

circunstancias. Y desde luego no quería buscar a un hombre solo para casarme. Si eso era lo que hubiera querido, podría haberlo hecho en mi pueblo. Pero mi voz interior ni siquiera insinuaba el matrimonio. Decía algo completamente distinto: «Primero conviértete en ti misma».

El multimillonario

Antes de volar a la capital a casa de mi amigo, conocí a un hombre muy rico. Fue mi primer conocido multimillonario. La verdad es que me enteré de ello mucho después, por casualidad, cuando un día me puse a leer artículos sobre él en internet. Nos conocimos en el bar más famoso de una ciudad vecina. Había volado hasta allí con unos amigos para una gran jornada de pesca. En aquella zona había peces realmente grandes y deliciosos y, al parecer, por eso el grupo eligió ese lugar.

Aquella noche, simplemente la pasamos bien. Estaban mis amigos, sus amigos, hubo muchas conversaciones, risas y buen humor. Me deseó un feliz cumpleaños y, de forma inesperada para mí, pagó todos los gastos. Intercambiamos contactos. Al día siguiente voló a la capital. Y seguimos escribiéndonos. Al cabo de un tiempo, me invitó. Le dije que viajaría más adelante. Y volé. Solo que no fui a verlo a él. Volé a casa de mi amigo de la infancia.

Pero ocurrió que, mientras vivía con mi amigo, a veces me veía con este hombre. Era extranjero, de Alemania. Yo sabía un poco de alemán por la escuela y la universidad, así que le hablaba en mi alemán bastante rudimentario. A veces enviaba un chófer a buscarme. Yo llegaba a uno de los hoteles más famosos de la capital, me arreglaba allí y, después, el chófer me recogía y me llevaba a una fiesta privada. Pasábamos tiempo juntos. Me hacía

regalos. Al principio normales, luego cada vez más caros. Un día me propuso hacer un viaje por carretera por Europa con él y sus amigos. Sonaba hermoso. Muy hermoso. Pero me negué. No porque no me gustara viajar. Y no porque no entendiera lo fuera de lo común que era esa oferta. Sencillamente me enteré de que a veces consumía drogas. Y eso me bastó. No quería irme de viaje con un hombre junto al cual pudiera encontrarme en una situación que no pudiera controlar. Al margen del dinero, las oportunidades y los lugares hermosos que hubiera detrás de esa propuesta, para mí esto era más importante. Aceptó mi negativa con calma. Seguimos comunicándonos a veces por las redes sociales, pero la relación nunca llegó a ser nada más.

Y, a decir verdad, ni siquiera percibí esta historia como algo extraordinario. Porque no había volado a la capital por él. No buscaba a un hombre rico. No hacía planes en torno a su dinero. No intentaba meterme en su mundo. Solo había volado para construir mi nueva vida, alojándome en casa de un amigo de la infancia. Pero jamás pensé que volaría a la capital a casa de mi amigo con el objetivo de conocer luego a un multimillonario. No. No tenía ningún plan semejante. Simplemente seguí viviendo mi vida. Y entonces, de la manera más inesperada, aparecieron en esa vida un multimillonario, un chófer, fiestas privadas, regalos caros y una propuesta para viajar por Europa. Y, tal vez, lo más interesante de toda esta historia ni siquiera sea que él fuera multimillonario.

Sino que vi con claridad por primera vez que el dinero puede

abrirte casi cualquier puerta, pero no todas las puertas son las que necesitas. Yo seguía buscando mi vida. No la de otra persona. La mía. Y todavía no sabía que muy pronto volvería a cambiar.

Huida del apartamento de mi amigo

Pasaron dos meses. Septiembre. Octubre. Y no dejaba de hacerme la misma pregunta: «¿Y ahora qué?». Sabía que ya no quería seguir viviendo así. No me gustaba esta vida, ni depender del espacio de otra persona, ni la sensación de no estar donde se suponía que debía estar. Y cada vez más a menudo me sorprendía pensando: *Es una buena persona. Pero esta no es mi vida.* Y entonces se me ocurrió algo. Le escribí a mi prima tercera y la invité a la capital, solo de vacaciones, una semana. Ella aceptó encantada. Yo sabía que también quería cambiar algo en su vida. Y de pronto pensé: «¿Por qué no lo hacemos juntas?». Ella llegó. Y fue en ese momento cuando realmente vi la capital por primera vez. Antes de eso, apenas me había fijado en la ciudad. Trabajaba. Trabajaba constantemente. No tenía tiempo para pasear sin más, mirar a mi alrededor, entrar en lugares bonitos, examinar edificios, sentir el ambiente de las calles. Pero ahora tenía a alguien con quien quería hacer todo eso. Paseábamos todos los días al salir de mi trabajo. Recorriamos el centro. Mirábamos los edificios antiguos. Descubríamos rincones preciosos. Nos reíamos. Hablábamos de todo. Y, poco a poco, empecé a ver la ciudad con otros ojos. De repente me di cuenta: *La capital no es tan dura. La gente no es tan fría. La ciudad es hermosa. Y aquí de verdad hay muchísimas oportunidades.* Era solo que antes no había tenido tiempo

de verlo. No era la ciudad lo que me faltaba. Era mi propia vida dentro de esta ciudad. Y con mi prima, sencillamente, congeniamos. Y durante esa semana tomamos una decisión: ella se mudaría conmigo. Volvió a su casa para trabajar dos semanas más, renunciar a su empleo y terminar de resolver sus asuntos. Y yo me quedé sola. Y fue entonces, creo, cuando algo hizo clic en mi interior. Un día llegué a casa más temprano de lo habitual. Y de repente sentí miedo. No por lo que pudiera pasar si me marchaba, sino porque, si me quedaba en ese momento, volvería a cambiar de opinión. Así que no lo pensé demasiado. Hice las maletas. Pedí un taxi. Y me fui. Simplemente me fui. Sin explicaciones. Sin largas conversaciones. Sin intentar cerrar las cosas con elegancia. Simplemente metí mi vida en unas maletas y salí de ese apartamento. Y por la noche, desde mi nuevo apartamento, lo llamé y le dije: «Me fui. Y no voy a volver». Este fue el primer plan en mi vida que no solo ideé. Lo ideé y lo llevé a cabo. Al hacerlo, me sentí a la vez más ligera y más aterrorizada. Más ligera porque por fin había hecho lo que llevaba tanto tiempo queriendo hacer. Más aterrorizada porque ahora la decisión estaba tomada. Ya no había marcha atrás. Por dentro, sentía ansiedad. Miedo. Un estrés abrumador. Y una falta total de comprensión: «¿Y ahora qué?». Todavía no sabía dónde viviría después. No sabía de qué viviría. No sabía qué pasaría con mi trabajo. No sabía cómo cambiaría mi vida. Pero, por primera vez, sabía una cosa con certeza: ahora esta era mi vida. Y, tal vez, fue a partir de ese momento cuando por fin empezó

a pertenecerme de verdad.

Cinco chicas, un apartamento

Cuando me fui de casa de mi amigo, no tenía un plan ideal. No tenía, para nada, unas condiciones ideales. Empecé a vivir con cuatro chicas a las que apenas conocía, en un apartamento de dos habitaciones casi en el centro de la capital. Cinco chicas. Dos habitaciones. Una cocina. Un baño. Y vidas completamente diferentes que de algún modo tenían que encajar en un solo espacio. Mientras mi prima terminaba sus asuntos en su ciudad natal, el apartamento estaba atestado. Los precios de una vivienda decente eran demasiado altos y yo no podía permitirme un apartamento aparte. Así que tuve que vivir así. Aunque, a decir verdad, lo elegí yo misma. Elegí la libertad en lugar de la comodidad. Seguí trabajando como profesora. Llegaba a casa y me encontraba con cuatro chicas casi desconocidas, con ruido, conversaciones, cosas ajenas y una constante sensación de estrechez. Esto no se parecía en nada a la hermosa vida nueva que me había imaginado. Pero era mi vida. Y un día ocurrió algo que entonces percibí casi como un milagro. A una de las chicas le ofrecieron de improviso un trabajo en el extranjero. Llevaba mucho tiempo esperándolo. Y aceptó casi de inmediato. Se marchó. Y yo miré ese espacio vacío y pensé: «Dios me ayudó». Ahora mi prima tenía un lugar al que llegar. Terminó sus asuntos, voló hacia mí y encontró trabajo casi enseguida. Y empezamos a vivir juntas. Entre semana, trabajábamos. Después del trabajo, a

veces salíamos a caminar. Los fines de semana íbamos de nuevo al centro. Y poco a poco empecé a conocer la ciudad. No la que solía ver desde la ventanilla del autobús escolar. No aquella por la que pasaba de camino al trabajo. Sino la de verdad. Con sus calles hermosas. Con la gente. Con cafeterías, plazas, parques y edificios antiguos. Con oportunidades que antes simplemente no había notado. Empecé a sentirme no como alguien que había acabado en la capital por casualidad, sino como alguien que de verdad vive aquí. Por supuesto, tenía miedo. Por supuesto, a veces quería dejarlo todo. Pero todos los días me decía lo mismo: «Solo trabaja. Solo sigue avanzando». No hacía falta saber de inmediato cómo terminaría este camino. No hacía falta tener un plan ideal. Solo necesitaba vivir el día de hoy. Luego el siguiente. Luego otro más. Y gradualmente, a partir de estos días ordinarios, empezó a formarse una nueva vida. No la que alguien me ofreció. No la que obtuve a través de una relación. No la que alguien construyó para mí. Empecé a construirla yo misma. Aunque por ahora fuera en un apartamento de dos habitaciones. Aunque fuera con cuatro chicas desconocidas. Aunque fuera con ansiedad, incertidumbre y poquísimo dinero. Pero este fue mi primer paso real hacia una vida independiente. Y en aquel entonces todavía no comprendía lo importante que resultaría ser.

Dos años

Me llevó dos años. Dos años no solo para cambiar mi vida por fuera, sino para empezar a cambiarme a mí misma por dentro. Un lugar nuevo. Un trabajo nuevo. Un ascenso. Gente nueva y conocidos. Libros. Aprendizaje. Psicoterapia. Y una enorme cantidad de trabajo interior. Cambié exteriormente, cambié mi estilo por completo, empecé a lucir diferente, a desenvolverme de otra manera. Pero los cambios internos fueron mucho más importantes. Empecé a trabajar en mi forma de hablar. En mi comportamiento. Aprendí a controlar mis emociones. A no tener rabietas. A escuchar. Y lo más importante, a oír de verdad. Aprendí a ser empática. A observar a las personas interesantes. A fijarme en cómo hablan, cómo reaccionan ante situaciones difíciles, cómo se comportan con los demás. Y si veía algo bueno en una persona, trataba de emularlo. Poco a poco dejé de reaccionar ante la vida de forma automática. Empecé a pensar. A observar. A elegir mis reacciones. Y un día me sorprendió una sensación muy simple: había madurado. No me había vuelto perfecta. No me había convertido en una persona que jamás vuelve a equivocarse. Solo me sentí íntegra por primera vez. Dejé ir el pasado. No porque lo hubiera olvidado, sino porque ya no me controlaba. Había pasado el tiempo suficiente como para poder mirarme a mí misma y mirar a los demás de una manera completamente distinta. Empecé a leer. Mucho. Muchísimo.

A veces, al cerrar otro libro, me quedaba sentada pensando: «Dios mío... ¿por qué no hice esto antes?». De los libros que realmente resonaban en mí extraía ideas concretas, herramientas y pensamientos, y comenzaba a aplicarlos en la vida. Algunos de ellos sigo usándolos hoy. Y cuanto más leía, más entendía algo curioso. En otro tiempo creí de verdad que ya lo sabía todo: que era lo bastante mayor, que tenía suficiente experiencia, que ya comprendía a las personas, las relaciones y la vida. Qué ingenua era. Pero con el tiempo me di cuenta: no hay nada de malo en ello. Porque lo que importa no es quién fuiste. Ni cuántos errores cometiste. Ni cuántas veces elegiste a la persona equivocada. Y ni siquiera cuánto tiempo perdiste. Lo principal es qué haces después de haberlo entendido. Seguí avanzando. Y por primera vez en mi vida, ya no necesitaba huir del pasado. Simplemente caminaba hacia convertirme en mí misma.

Aprendí a ganar

Poco a poco, la capital empezó a cambiar para mí. O tal vez fui yo quien cambió. Porque la ciudad seguía siendo la misma. Las mismas calles. Los mismos edificios. La misma gente. Sencillamente, ahora ya no miraba a la capital de abajo hacia arriba. Empecé a crecer. Primero, me ascendieron a subdirectora de operaciones. En esencia, era un puesto de ayudante de dirección, pero con una enorme cantidad de responsabilidades. Pero ni siquiera eso me bastaba. Seguí estudiando. Dos títulos ya no me parecían suficientes, así que decidí obtener un tercero. Me matriculé en un instituto de la capital en una especialidad relacionada con la gestión de centros educativos. Un año después, me gradué con honores. Después de eso, me nombraron subdirectora de asuntos estudiantiles. Además, supervisaba el programa de educación extraescolar de la escuela. Me subieron el sueldo. Y recuerdo esa sensación. Estaba orgullosa de mí misma. En su momento, había llegado a la capital con una maleta pequeña y dos títulos. Y ahora era directiva. Tenía un buen sueldo. Pude pedir una hipoteca para un piso. Empecé a amueblar mi espacio, a crear calidez en mi piso. Podía viajar, ir a la cosmetóloga, comprarme lo que quisiera sin pedir permiso a nadie ni explicar por qué lo necesitaba. Me estaba convirtiendo poco a poco en la persona que alguna vez me había imaginado ser, sentada en una casita de pueblo. En aquel

entonces, me parecía: si alguna vez logro vivir exactamente así, habré ganado. Y realmente gané. Aprendí a sobrevivir. Aprendí a ganar dinero. Aprendí a trabajar. Aprendí a liderar. Aprendí a tomar decisiones. Aprendí a no tenerle miedo a una gran vida. Y una noche, me sorprendí con un pensamiento completamente inesperado: «¿Y ya está?». Me detuve. Todo parecía haber salido bien. Había conquistado la capital. Conseguí un buen trabajo. Alcancé un puesto. Obtuve un tercer título. Compré un piso. Creé una vida con la que antes solo podía soñar. Cumplí todo lo que me había prometido. Pero ¿por qué resonaba de nuevo en mi interior esa pregunta: «¿Y ya está?»? Faltaba algo. Todavía no entendía qué exactamente. No era ingratitud. No había ninguna sensación de que mi vida fuera mala. Al contrario. Era buena. Sencillamente, de pronto comprendí una cosa: una meta que un día parecía una cumbre se convierte en un punto más del camino. Había logrado aquello por lo que tanto tiempo había trabajado. Y ahora necesitaba averiguar: ¿hacia dónde voy ahora? No sabía la respuesta. Pero esta vez no me asustó. Simplemente me dije: «Ya se verá». Y seguí viviendo. Porque ya sabía: a veces la siguiente curva aparece justo cuando dejas de buscarla.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.